



de los que á él son merecedores, ni menciona siquiera á los que, careciendo de genio, pero llenos de amor á la ciencia, como acaece en mí, procuramos acercar una sola piedra al edificio de la sabiduría contemporánea.

Cuando he meditado sobre esto con la serena reflexion del que no vive sino para cumplir su mision bajo la ley de Dios, he sentido hallar una dulce satisfaccion en el cumplimiento de mi deber, si no como filósofo cristiano, al ménos como amante de la sabiduría cristiana, y he dejado á mi entusiasmo ir trascribiendo, página por página, las memorias y notas que acerca de la Historia he recogido con el mayor acierto que á mi pobre inteligencia ha sido dable, en el trascurso de los años de mi vida científica.

Voy á exponerlas, pero antes he de anticipar el desarrollo de los principios más fundamentales de la Filosofía en la Historia, escuelas principales y estado de la ciencia histórica en la época actual.

En cuanto al método, plan y exposicion de la obra, en nuestro discurso sobre la *Historia Universal*, consignamos los antecedentes y fundamentos en que los apoyamos, dando al estudio analítico de las diversas civilizaciones la indisputable importancia que hoy alcanza, con sobrada razon y justicia.

Concluyo estas breves líneas de introduccion, demandando la severa, pero razonada crítica de los sábios de mi patria, solicitando sus consejos, y admitiendo para el presente y para el porvenir su poderosa cooperacion. Seré, pues, el obrero del pensamiento cristiano de la Historia, que irá consignando las lecciones que la sabiduría de todos los tiempos le aconseje, complaciéndome en lo porvenir con generosa alegría, al ver salvados de la incuria de los siglos, los hechos comentados elocuentemente por los sábios antiguos, y por los genios superiores y contemporáneos de mi patria, á cuya generosa juventud y á cuya clase media consagro en especial el fruto de mi trabajo.

Madrid, Marzo 14 de 1874.

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL

I. Concepto filosófico de la Historia.—II. Filosofía de la Historia.—III. Historiografía.
IV. Plan de la obra.

I

La accion de la Providencia no abandona jamás á la humanidad; unas veces por medio de su infinita misericordia, y otras por medio de su justicia, aflige ó levanta el espíritu de las naciones, como abate ó regenera el espíritu del hombre.

Abrir el gran libro de la vida, el gran libro de la humanidad para ir descubriendo uno por uno los secretos del pensamiento infinito, obra es superior á la pequeñez del hombre, quien no puede admirar sino de hinojos y con su rostro mezclado entre lágrimas y polvo de la tierra, los mandatos del pensamiento creador y eterno.

En medio de esta tan majestuosa como sublime grandeza, ¡qué consuelo no siente el pobre corazón humano al contemplarse rey de este universo mundo! El pensamiento del hombre, tipo de las grandezas de la tierra, obra predilecta del Hacedor, ha subido á través de los siglos por el espacio de la investigacion y de las cien-

cias, y empujado por el aura pura de la primera celeste alborada, por la palabra creadora y maestra del linaje humano, ha leído en el horizonte de la tradicion y de la enseñanza la revelacion de todos los misterios que se refieren al cumplimiento de su destino sobre la tierra, y ya no hay campo vedado para la inteligencia del hombre, á quien el amor de Dios ha mostrado los secretos de su sabiduría y las leyes de su omnipotencia infinita, en cuanto le son necesarios para el logro de su fin providencial.

El mundo cristiano, este nuevo paraíso de la vida, donde hasta las miserias del hombre son grandezas de su sér, si con espiritual resignacion las convierte y funde en lágrimas de santa expiacion, nos ofrece tan ancho campo á la admiracion de las obras de Dios y de los actos de los hombres, que forma sin duda alguna para los amantes de la ciencia la más grande epopeya del saber.

El hado del paganismo es ya al presente



un mito ridículo, del cual hasta la cándida infancia se sonrie con lástima, y apenas acierta á explicarse, porque no conoce aún la pequeñez del hombre aislado, la degradacion de aquel antiguo mundo sentado en sombras de muerte y de tinieblas; Platon, Sócrates, Ciceron, los más sublimes genios del paganismo, son, como dice Jouffroy, tiernos pensadores al lado de nuestros niños educados en el Cristianismo. Mientras el misterio, y sólo el misterio, era la region de aquellos genios, para quienes la vida y la muerte, la Historia y la Filosofía, el bien y el mal, el individuo y la sociedad, lo eterno y lo mudable, no tenían cumplida solución; la nueva filosofía, la filosofía del credo ilumina ya con tan esplendorosa claridad las regiones de las ciencias, que el caos del paganismo ha desaparecido ante la luz del *fiat* cristiano.

Concepto filosófico de la Historia.

El mundo moral en que habita el hombre, no se rige por leyes fatales, ni muévase la humanidad en su esfera de acción, á la manera que en el mundo físico gira en constante movimiento el esplendor de la máquina celeste; por el contrario, la libertad del hombre imprime al movimiento de la humanidad una dirección tal, que bien puede afirmarse el reinado de la criatura en cierto orden de destinos sobre la tierra. Estudiar las leyes del orden moral en toda su vasta extensión y desarrollo filosófico, incumbe á otro orden de conocimientos, que si bien no deben ser ajenos al historiador, no caen bajo la acción inmediata de la Historia. Caminar, sin embargo, sin la luz de esas ciencias por la region histórica, sería navegar sin brújula por el Océano de la vida humana, y exponerse á rodar de precipicio en precipicio hasta el abismo de la negación ó de la duda. Si así fuera, y afirmáramos con la célebre, pero desgraciada pléyade, de pensadores libres, desde Lutero y Descartes, hasta Krausse y Renan, que la humanidad no tiene luminosa estrella polar, cuyos hermosos rayos la atraen como al argentino iman, desesperaríamos de la verdad de la ciencia y de la verdad de la Historia; siendo, sin disputa, evidente que en ese rico patrimonio de la sabiduría iluminada por la ley de lo sobrenatural, tiene el hombre el

alimento de su vida. Veamos cómo la ciencia de la Historia entraña un elevado y filosófico concepto, depurado de los grandes y trascendentales errores que desde el paganismo hasta Herder han venido envenenando las páginas de la verdad, para adormecer el espíritu del hombre al sonoro canto de funestas y peregrinas teorías, que traen enloquecida á la juventud de Europa.

La Historia, en su sentido más lato, se compone de lo acontecido en el tiempo y en el espacio, en la esfera de las cosas temporales; no obstante, no todo lo que acaece en dicha esfera le pertenece, sino más bien la relación de los sucesos y hechos importantes que excitan un alto y digno interés moral, pudiendo afirmarse que el objeto primordial de la Historia, es el hombre considerado en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes, en cuanto los hechos y actos realizados entrañan un desenvolvimiento social y externo.

La dirección externa, moral y espiritual, de estos hechos y relaciones, constituye el contenido esencial y filosófico de la Historia, ciencia madre de los actos sociales, ciencia fundamental de la vida, base del saber humano y estrella que ilumina la senda de la civilización.

La Historia, por lo tanto, debe considerarse bajo dos importantes puntos de vista, para ser comprendida en toda su extensión y vasto desarrollo: como hecho y como ciencia; como acto y como fundamento de indagación espiritual; como desarrollo del espíritu humano y como análisis filosófico, intencionado y lógico de ese desarrollo gigantesco de la razón humana, bajo la guarda y égida de la mano bondadosa de una Providencia, siempre justa, siempre sabia y siempre bienhechora.

En el primer concepto, la Historia, como hecho, es el desenvolvimiento de las facultades morales de la razón creadora, el desarrollo del espíritu, creación divina en cuya alteza grabó el Sér infinito la imagen de su omnipotencia.

El desenvolvimiento y desarrollo de esa continuada obra del espíritu del hombre, siempre activo, siempre en constante creación, siempre dominante, como poderoso señor á cuya voluntad se doblegan sus vasallos, se mani-



fiesta en sus múltiples y variados actos, en sus fecundas y grandiosas relaciones religiosas, sociales, científicas, artísticas, políticas, comerciales é industriales; magnífico cuadro de la inmensa jornada de la vida, de ese camino de cien y cien generaciones, cubierto unas veces de blancas flores, y otras encenagado y pestilente con el hervor de fraticida sangre y corrientes de aguas impuras que emanan como mortal veneno del fondo de las negras montañas del error, del despotismo, de la barbarie, de la idolatría y de la ruda energía de esa rebelión inaudita que trastorna al mundo moderno; la sangrienta y bárbara tiranía de la fuerza, bajo el capcioso velo de una mal intencionada y peor dirigida *revolucion social*.

Todos estos hechos, que admira la juvenil imaginación, entusiasman al corazón del hombre pensador, y hacen conllevar en resignación celestial las agonías y aflicciones de la triste ancianidad, forman el hecho de la historia, lo concreto de la vida humana, la realidad, lo externo, lo práctico, el desenvolvimiento, en fin, del espíritu del hombre. Bajo el segundo punto de vista importante y trascendental que la historia nos ofrece, se nos presenta la voz majestuosa de la *ciencia*, que no es sino el conocimiento de las luchas, del desarrollo y desenvolvimiento del espíritu humano; la aplicación de las leyes y principios de la Filosofía á la indagación, contenido y explicación de los hechos de la vida humana. Sólo así, la Historia es grande; sólo así, es la obra del genio de San Agustín: de otro modo estudiada, es la creación sin plan, es la voz de Tucídides resonando en el mundo cristiano, sin eco que repita en la concavidad de este hermoso cielo de la Europa católica, la voz del Sinaí, la voz del Gólgota, del Calvario, la voz de San Pablo, la palabra de Pedro, la luz de esta maestra de eterna sabiduría, la Iglesia. Desarrollo del espíritu humano y conocimiento de este desarrollo, hecho y ciencia; hé aquí los dos baluartes inexpugnables sobre que se levanta el templo de la moderna Historia; hé aquí la ciencia histórica. Sin el hecho, la Historia es irrealizable; sin la ciencia, la Historia es un cadáver, es una inmensa mole

lanzada á rodar á la inmensidad del espacio, como roca gigantesca lanzada al abismo de los mares por el impetuoso movimiento del agitado volcan. La ciencia es el sol que ilumina ese largo y penoso camino de la vida; ella coloca en manos del hombre la esplendorosa luz de la revelación, el apoyo de la razón, el uso de sus admirables facultades, el conocimiento de las leyes divinas y humanas, la guía y brújula, en fin, que normaliza y dirige rectamente á su destino á la criatura humana.

El mundo antiguo, propiamente hablando, no ha tenido historia; faltale aquella ciencia que ilumina la voz de la verdad, que esclareció la mente del autor de la historia genesiaca, y la palabra de los patriarcas y profetas, única historia del mundo antiguo; toda otra relación es la descarnada relación del hecho humano, es la historia de la tierra, de la idolatría, del hombre aislado y abandonado á su triste destino, idealizado por la fantasía de los poetas y tergiversado por la sofistería de los filósofos. Todo en aquel mundo antiguo está confundido, todo es terrestre: la religión, la ciencia, la guerra, el arte, el comercio, el estado; todo allí es humano: es el mundo sin Dios, es la noche de la razón, es la patria del despotismo, la cuna de la esclavitud, la síntesis de la civilización atea, el preludio del mundo del racionalismo. Sus luchas, sus esfuerzos, sus tendencias, todo converge al engrandecimiento de los tiranos y Césares; todo se antepone á lo espiritual y eterno.

Para consignar en una sola palabra, en un solo pensamiento, este concepto filosófico en la ciencia histórica, diremos que el mundo pagano desconocía el influjo de *lo sobrenatural en la Historia*, y el mundo moderno se halla como saturado en esa atmósfera celeste, que vivifica cuanto toca y embellece la vida del individuo, de la familia, de los pueblos, y los hace herederos de una gloria, que ni soñó siquiera la fantasía del genio de la poética Grecia, bañada entre espumas de los mares y embellecida con la fragancia de las flores de sus bosques divinizados.

Sólo pues, según afirma un ilustre pensador



católico (1) en su *Historia Universal de la Iglesia*, el espíritu cristiano, el espíritu ilustrado, transfigurado por la luz de la revelación divina, puede reconocer y seguir la conducta de la Providencia en la historia del mundo, puesto que nadie, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni debajo de la tierra, puede abrir el Libro, ni siquiera mirarlo, más que el León de la tribu de Judá, el vástago de Daniel, el cordero que ha sido inmolado (2); magníficas palabras, que entrañan todo el contenido de la ciencia filosófica de la Historia.

Bajo este supuesto, cabe definir la Historia, diciendo que es «la realización en el tiempo y en el espacio del plan eterno de Dios, mediante la libertad de la criatura inteligente.»

La Historia no es, no puede ser para el católico lo que fué para el paganismo, lo que es para el desacreditado protestantismo y el perturbador racionalismo; para nosotros la acción de la Providencia y lo sobrenatural son una verdad evidente, para el paganismo era un sueño no fantaseado todavía, para el protestantismo es la duda, para el racionalismo es un absurdo; de aquí que entre la historia, cristiana y católicamente desenvuelta, y la historia de la idolatría, de la negación y del racionalismo, medie un abismo insondable: el abismo de la infinita sabiduría revelada al pensamiento católico, y de la finita ciencia de la razón enloquecida.

¡Cuán triste es la historia de la vida contemplada desde esa roca de la duda, donde no llegan á dorar su cumbre los rojizos y hermosos esplendores de la luz de lo alto! ¡Qué inmenso mar de lágrimas y dolores no se nos ofrece á la contemplación desde esa negra cumbre! ¿Qué es, observado desde ella, el movimiento de la vida humana, sino un vasto cementerio de imperios, y naciones, y ciudades, y grandezas, y conquistas, y triunfos, y miserias? ¿Qué hay más allá de esos mundos que desaparecieron, de esas civilizaciones que pasaron, de esos dioses cuyos altares son ruinas? ¡Ah! ¡y cuán hermosa

(1) Alzog. — *Historia Universal de la Iglesia*. T. I, pág. 34.

(2) *Apocalíp.*, vers. 4, 5

es la historia vista al través de esta suprema ley que constituye la Historia, *lo sobrenatural!*

Esas naciones y esos imperios que pasaron; los ídolos que, rotos y hechos mil pedazos, disputan al borde de los ríos su atrevido paso; las dóricas y jónicas columnas de los antiguos templos, albergue de aves nocturnas; la execrable memoria de los tiranos; las leyendas tristes de las guerras é infortunios de los pueblos, ¿qué fueron sino la mano de la justicia de Dios que pasó sobre la frente de las rebeldes criaturas, ó sobre las cabezas de las generaciones que le alababan para probar su virtud?

Narrar estos hechos, indagar científicamente la realización en el tiempo y en el espacio de la ley de Dios, mediante la libertad humana, y descubrir intelectualmente cómo esa ley y ese plan eterno de Dios se han desenvuelto en la vida común de la humanidad, en la familia, en los pueblos, en los imperios, en los estados, en el arte, en la industria, en la ciencia, para formar de todas estas grandezas del espíritu humano *instrumentos de la gloria de Dios*; hé aquí el objeto más puro, más elevado, más filosófico de la Historia.

Siendo la Historia, según el concepto que dejamos indicado, la relación de las cosas temporales en su dirección moral y espiritual, inútil sería querer limitar la esfera de acción de la ciencia histórica, cuando tan ancho y dilatado espacio se nos ofrece delante de la observación y de la investigación científica. La vida providencial de la humanidad en el tiempo, así antes como después de Jesucristo, ó la historia del mundo y la historia del Cristianismo, están en una íntima relación, análoga, como dice un pensador alemán, á la de preparación y conservación (*elementa mundi*) (1), en oposición á la consumación (*plenitudo*) (2); de modo que al hacer la historia de la humanidad no se puede pasar en silencio el período de preparación del gran acontecimiento del Redentor.

Según esto, la Historia, considerada objetivamente, es el desarrollo en el tiempo del plan eterno de Dios, mediante la libertad humana;

(1) Gal. iv, 8, 9.—Cor. viii, 20.

(2) Gal. iv, 4.—Efes. i, 10.



y el progreso continuo en los caminos de la ciencia y de la vida. La misión de la ciencia histórica comprende tanto mejor á su ideal, cuanto más claro, imparcial y convincentemente nos muestra á la humanidad en su conjunto, en su unidad, creciendo y fortificándose al través de los siglos, bajo las mismas condiciones que el hombre individual, al través de los años, en gloria, en sabiduría y en virtud.

El providencialismo, que con firme creencia proclamamos en la Historia, y cuyo influjo señalaremos en sus hechos á lo largo de la narración, bajo el criterio racional y científico de la Filosofía Católica, no debe en modo alguno, como veremos en el desenvolvimiento de la Filosofía de la Historia, confundirse con el llamado absolutismo religioso del Oriente, error con el cual quiere confundir la escuela racionalista contemporánea, á la acción de la Providencia en la vida de la humanidad.

Dios, autor y criador de todo lo que vive, de todo lo que existe, tuvo desde la eternidad un plan que realizar; y como es sabiduría eterna, inmutable é infinita, su plan se desarrolla bajo su acción, dadas aquellas altas cualidades de inteligencia y libertad que infundió y comunicó en el ser sujeto de la Historia, el hombre. Su objeto es producir y exponer, por medio de la narración y de la palabra, la marcha temporal y los progresos de la ley de Dios entre los hombres; debiendo mostrar las vicisitudes por que el plan providencial ha atravesado, mediante la libertad humana, desde su primitiva revelación y conocimiento, hasta el momento de haber sido anunciado el plan interior y universal del reino de Dios, que constituye la ley de vida del mundo moderno y cristiano.

Para que esta relación merezca el nombre de ciencia, para que la Historia sea lo que es y debe ser, se hace ante todo necesario que la Historia sea el resultado de investigaciones verdaderamente científicas, desenvueltas en forma literaria, y que ofrezcan ancho campo á la meditación del pensamiento y entusiasmo al corazón del hombre, bajo el doble aspecto de ciencia y arte de la Historia (1).

(1) *Gervinus* ha dicho cosas muy juiciosas acerca

Es también necesario que en la Historia narrada resplandezca la *imparcialidad*, como ley de su desarrollo, siendo á su vez *crítica, religiosa y filosófica*; caracteres que nosotros oponemos á las leyes históricas del moderno racionalismo, en cuanto hace relación al arte histórico.

Pretenden los escritores contemporáneos que el historiador se halle enteramente libre de preocupaciones, á fin de que la Historia no sea fiel reflejo de los principios y convicciones del autor, como dice Schleirmeder, error en que fácilmente incurre el racionalismo, dadas sus leyes *a priori*, especie de molde en que de grado ó por fuerza se encaja la narración de la vida humana; error al par que escollo, de que podemos libertarnos, haciendo que presidan á la narración aquellas condiciones de veracidad, crítica y prudencia que aconseja el criterio filosófico católico, ante el cual la verdad es el primer deber que todo hombre debe cumplir en su vida total, así interna como externa.

Consignaban los antiguos, como ley del historiador, que no se profesase política ni religión, reduciendo el pensamiento del escritor á una especie de voluntario desprendimiento de lo que entonces constituía el total estado del ser social, como si fuera obra llana y empresa fácil desprenderse de las ideas de patria, religión y estado, que se adquieren y afirman con cariño y hasta con loco entusiasmo, desde los prime-

de los varios modos de escribir la Historia, según los tiempos. Véanse también las palabras de *Cicerón*: «Erat enim (antiquiss. temporib.) historia nihil aliud nisi *annalium* confectio: cujus rei memoriae que publicae retinendae causa, ab initio rerum Romanorum, usque ad P. Mucium pontif. max. res omnes singulorum annorum mandabat litteris pontifex, efferebatque in album et proponebat tabulam domi, potestas ut esset populo cognoscendi, liqui etiam nunc *annales maximi* nominantur. Hanc similitudinem scribendi multi secuti sunt, qui sine ullis ornamentis monumenta solum temporum, hominum, locorum, gestarumque rerum reliquerunt; — non exornatores rerum, sed tantummodo narratores fuerunt. — Et post illum (Herodot.) Thucydides omnes dicendi artificie mea sententia facile vicit: qui ita creber est rerum frequentia, ut rerum prope numerum sententiarum numero consequatur: ita porro verbis aptus et pressus ut nescias utrum res oratione, an verba sententiarum illustrentur.» II, 12, 13.



ros años de la vida. Igual observacion cabe, en verdad, respecto á la edad moderna, si bien el recto criterio, el deber de la verdad y las exigencias científicas de la Historia, hacen más realizable el ideal artístico de los historiadores antiguos.

Debe presidir la imparcialidad en primer término, con escrupuloso dictámen en la narracion de los hechos, no alterándolos jamás á sabiendas é intencionalmente, aun cuando aparezcan contrarios á sus creencias religiosas, á sus convicciones políticas, á sus costumbres, á sus tendencias científicas, reduciéndose siempre, en todo caso y en toda narracion, á estudiarlos detenidamente, con ese natural aplomo que pide la severidad científica; á exponerlos tales como fueron y pasaron, concienzudamente, y á juzgarlos con moderacion, justicia, prudencia y exactitud perfecta.

Debe asimismo reconocer con ingenuidad, y confesar muy en alto, los vicios y virtudes de la pobre humanidad, sin enloquecerse hasta el punto de no ver en la pasada historia de lágrimas, crímenes y dolores, los inocentes albores de una edad juvenil, de esa edad de la infancia de la vida con que sueña Federico Krause, y con que sin disputa soñaron Tiberghien y Weber y Darimon al señalar una cuna mecida entre delicias de idolatría y ateísmo al linaje humano, como necesaria progresion de la edad juvenil y medio para subir hasta la edad mediana de la vida; como si el pensamiento infinito hubiese lanzado imperfecto al sér humano al valle de eternas lágrimas, á fin de que con desdichas y dolores hubiese de haber ido preparando el total desenvolvimiento de su ser, sustanciado como quiere el panteísmo germánico en lo absoluto y divino. Así narrados y reconocidos los vicios y errores de la humanidad, cabe que el historiador elogie y ensalce la ley eterna del plan divino, la sabiduría increada y la ciencia infalible de la Iglesia, haciendo notar la benéfica influencia de esa luz vivificadora, de ese poderoso auxilio de la sabiduría humana, de esa ley de la vida, de esa ley del progreso santo, de esa estrella de la cristiana civilizacion, única herencia que puede enriquecer á esta empobrecida y haraposa genera-

cion del eclecticismo, de la duda y de la negacion.

La imparcialidad no exige, segun la torpe pretension del racionalismo, que el historiador diga y se inspire en el relato científico de todas las escuelas filosóficas, para dar á la Historia el pensamiento y forma de unidad, en la cándida idea de que la duda revuelta y confusamente analizada, deba dar luz al campo de toda verdad y certidumbre históricas.

Las escuelas filosóficas pudieron tener en los dias del infausto paganismo, igual autoridad las unas que las otras, ante la consideracion del historiador; puesto caso que no existia para ellas una autoridad superior y sobrenatural, una garantía de imparcialidad y verdad objetivas; pero al presente, ¡vana quimera! ¿quién pretenderá que para escribir la Historia haya de borrarse de una sola plumada el legado de la ciencia infalible y de la verdad filosófica de la ciencia cristiana? ¿Quién pretenderia escribir en la primera página del génesis de la Historia, la palabra del pensamiento cartesiano, la duda?

Nadie, seguramente; lejos de acreditar con esto la imparcialidad histórica, vendríamos á incurrir en la más flagrante parcialidad, en la parcialidad de la ignorancia y de la soberbia.

A fin de que la ciencia histórica reúna aquellas dotes y suma de caracteres que la coloquen en la region augusta de las más esclarecidas ciencias, hemos dicho que además de imparcial, sea crítica, religiosa y filosófica.

La crítica, como acto de juzgar de la verdad de la Historia, ó como ciencia y arte de la Lógica, desempeña una brillante y trascendental mision en la narracion histórica. No queremos ocultar, ni por un sólo momento, la importancia de la Crítica en general, en relacion con nuestros estudios; antes bien, debemos consignar, que es sin disputa la ciencia de que más se abusa contra la verdad histórica y contra las narraciones católicas. No es ciertamente la antigua crítica, ni la severa indagacion de la veracidad y análisis prolijo de los documentos históricos, lo que hoy constituye el baluarte tras de cuyos muros se defiende la investigación histórica, ni la ciencia en que se apoya la descreida



mano del atrevido crítico; antes bien, abusando notoriamente de algunos progresos de las ciencias naturales, de la filología, y sobre todo de la ley de absoluta independencia de la razon, se ha traído al campo de la Historia, como si fuera una ciencia de mera abstraccion, ese gigantesco vuelo, tan atrevido como incierto, que tendiendo á descubrir un mundo sin límites, un espacio sin fin, la ciencia absoluta, ni halla punto de reposo en la verdad sólida y revelada, ni acierta á definir ni concretar un solo dogma científico.

Esta triste y desgraciada tendencia de la crítica moderna, hija de esa Lógica, que es, al decir del racionalismo, fuente de todo conocimiento, está llamada en lo porvenir, si á tiempo el mal no se remedia, á violar el santuario de la Historia y á profanar sus principios, su objeto y su fin, como ha alterado y desvirtuado otros conceptos de las ciencias el racionalismo, trastornador é infecundo obrero de demolicion, incapaz de reorganizar el templo del saber, que ha demolido.

Exige, pues, la ciencia histórica, para su más acertado y oportuno desenvolvimiento, y á fin de que la verdad no sea confundida con el error, el ser crítica, deduciendo los hechos característicos de cada edad de fuentes puras de verdad, de fuentes auténticas y virginales, ó que por lo menos se inspire en las más aceptables, en defecto de las primeras. No desdeñando, antes bien teniendo en gran estima y veneracion, los preceptos críticos de la Filosofia para su aplicacion á la Historia (1) en nues-

(1) AUTORIDAD HUMANA.—En muchos casos no podemos conocer la verdad por nosotros mismos, inmediata ni mediatemente, y nos es preciso referirnos al testimonio de los hombres. La distancia de lugar ó tiempo nos impide presenciar el hecho, y tampoco podemos sacarle por raciocinio, ya porque dependa de la libertad humana, ya porque proceda de causas naturales que nosotros ignoramos. ¿Cómo puedo saber lo que sucede en este momento en Pekin ó en Nueva-York? Si se trata de actos libres, me es imposible conocerlos, porque no dependen de ninguna causa necesaria; y si son acontecimientos naturales, por ejemplo, lluvia, tempestad, terremoto, etc., no conozco bastante el conjunto de relaciones de las causas que obran sobre el globo, para determinar *a priori* qué efectos producen en este momento en tal ó cual punto de la tierra. La distancia

tras notas y apéndice núm. 1.º al tomo I, hallarán nuestros lectores algunas leyes fundamentales sobre la materia.

de tiempo impide también el conocer los hechos, exceptuando el caso en que hayan dejado señales evidentes; como la abundancia de lava en un terreno, indica la antigua erupcion de un volcan, y las petrificaciones y las conchas señalan el paso de las aguas.

Para que un testimonio sea verdadero, se necesitan dos condiciones: 1.ª, que el testigo no sea engañado; 2.ª, que no nos quiera engañar. De poco nos sirve la veracidad y buena fe de un narrador, si él está engañado; ni nos aprovechan los conocimientos de un mentiroso, si nos dice lo contrario de lo que sabe.

Regla 1.ª Debemos atender á los medios de que dispuso el narrador para encontrar la verdad, y á las probabilidades de que sea verdad ó no.

2.ª En igualdad de circunstancias, es preferible el testigo ocular.

3.ª Entre los testigos oculares, es preferible, en igualdad de circunstancias, el que no tomó parte en el suceso, y no ganó ni perdió en él.

4.ª Es preciso cotejar la narracion de un testigo con la de otro de opiniones é intereses diferentes.

5.ª En las narraciones, conviene distinguir cuidadosamente entre el hecho narrado y las causas que se le señalan, resultados que se le atribuyen y juicio de los escritores.

6.ª Los anónimos merecen poca confianza.

7.ª Antes de leer una narracion, es muy importante conocer la situacion y demás circunstancias del narrador.

8.ª Las obras póstumas, publicadas por manos desconocidas ó poco seguras, son sospechosas de apócrifas ó alteradas.

9.ª Narraciones fundadas en memorias secretas y papeles inéditos, no merecen más fe que la que se debe á quien sale responsable.

10. Relaciones de negociaciones ocultas, de secretos de Estado, anécdotas picantes sobre la vida privada de personajes célebres, sobre tenebrosas intrigas y otros asuntos de esta clase, han de recibirse con extrema desconfianza.

11. En tratándose de pueblos antiguos y muy remotos, es preciso dar poco crédito á cuanto se nos refiera sobre riqueza del país, número de moradores, tesoros de monarcas, ideas religiosas y costumbres domésticas.

12. Se debe desconfiar mucho de las relaciones de los viajeros que no han permanecido mucho tiempo en el país que nos describen. (Véase *El Criterio*, capítulos VIII, IX, X y XI.)

SECCION IV.

Cuestiones sobre la naturaleza de las cosas.

En las cuestiones que versan sobre la íntima naturaleza de las cosas, conviene no perder de vista las observaciones siguientes: